

Comte: La utopía del orden

Por Miguel Ángel Forte *

El joven Comte:

La filosofía de la historia y los gérmenes del cambio.

En los opusculos de 1820, el joven Comte reflexiona sobre la sociedad moderna y dice: "...la capacidad científica positiva es la que debe reemplazar al poder espiritual" (p. 18). En tal sentido, puede decirse entonces que la idea de Comte, según la cual existe una estrecha vinculación entre la dirección espiritual de la sociedad y el conocimiento, se mantiene inalterable a lo largo de su vida intelectual.

Por otra parte en la epistemología de Comte (1820) juega un papel preponderante, "la marcha de la civilización", en la que cada momento guarda los *gérmenes de su propia destrucción*. Dice: "La introducción de las ciencias positivas en Europa, realizadas por los árabes creó el germen de esta importante revolución terminada hoy plenamente en lo que se refiere a nuestros conocimientos particulares y a nuestras doctrinas generales en su parte crítica" (p. 18).

La historia para Comte, es historia del progreso del espíritu humano que da unidad al conjunto del pasado social, de donde se deduce que un modo de pensamiento se debe imponer en todos los órdenes. En tal sentido, Comte comprueba que el método positivo es inevitable en las ciencias y que la observación, experimentación y formulación de leyes, debe extenderse hacia todos los dominios en

*Licenciado en Sociología y Profesor de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Sociología, UBA. Master en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política, FLACSO Sede Argentina. Profesor titular de Sociología General, Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.



manos de la teología o de la metafísica. Opone a la explicación mediante seres trascendentes o causas últimas, el modo de pensamiento positivo de validez universal desde la astronomía a la política.

Las razones históricas y lógicas que explican el curso necesario de la evolución intelectual permiten comprender al mismo tiempo el orden de institución positiva de las diversas ciencias. El orden de alineación de las ciencias es, entonces, lógico e histórico; como lo enseña la ley de los tres estadios, recuerdo, un desarrollo histórico dividido en tres períodos: teológico –militar, abstracto–, metafísico y científico- positivo. La historia enseña entonces que la matemática es la primera disciplina que pasa al estadio positivo ya en la antigüedad, luego la astronomía, la física, la química y la biología. La institución de la sociología, por su parte, completa la serie. El orden de las ciencias está determinado por el grado de generalidad de los fenómenos. Los fenómenos más generales son al mismo tiempo los más simples pues condicionan a los demás, y suponen el más pequeño número de condiciones; de esta manera resulta que el orden de las ciencias es al mismo tiempo un orden de generalidad decreciente y de complejidad creciente.

La ley de los tres estadios enuncia entonces el progreso de la inteligencia, mientras la ley de la clasificación de las ciencias da el orden necesario de ellas. Ambas expresan lo mismo, esto es: la constitución del pensamiento en el aspecto dinámico la primera, en el aspecto estático la segunda. La ley de los tres estadios opera como teoría del conocimiento, la ley de clasificación de las ciencias es la misma teoría pero enfocada desde otro ángulo. Para Comte, ir de lo simple a lo complejo, de lo general a lo particular, es la trayectoria misma del espíritu humano.



Se puede decir en este punto siguiendo a Aron (1981), que: "...el modo de pensar determina las grandes etapas de la historia de la humanidad; la etapa final es la del positivismo universal, y el resorte final del devenir es la crítica incesante del positivismo universal, y más tarde en su proceso de maduración, ejerce sobre las síntesis provisoria del fetichismo, la teología y la metafísica" (p. 124).

El progreso total de las sociedades se explica, en tanto enlaza las diferentes ramas de la actividad humana a sus condiciones ideológicas. Así, el sistema social correspondiente al estadio teológico es el régimen militar. Para Comte, el hombre dispone de dos tipos generales de actividad: la guerra y el trabajo, pero la producción industrial necesita un conjunto de condiciones que no son compatibles con el pensamiento teológico. Las sociedades teológicas son esencialmente militares.

La evolución consiste en pasar del tipo guerrero al tipo industrial, siempre pensando en la evolución paralela material e intelectual. Por lo tanto, la institución de la sociedad y política positiva, marca el triunfo de la actividad industrial y la declinación definitiva del régimen militar. Mientras que entre los períodos teológico – militar, industrial – positivo hay un período de disgregación intelectual que constituye la transición metafísica.

Comte y la sociología naciente: la solución conservadora

Puede decirse que con Comte y el surgimiento de la sociología, la reacción antiindividualista del siglo XIX adquiere un cuerpo sistemático. Se dice con frecuencia que la sociología significa una respuesta conservadora y no revolucionaria o, en todo caso, propulsora de algunos cambios y reformas tendientes a garantizar el mejor funcionamiento del orden existente.





Pero en Comte no aparece en forma explícita una postura conservadora, entendiendo por ella un regreso hacia el orden perdido del mundo medieval. Más exactamente hay una búsqueda de los elementos que cohesionan a la sociedad feudal traducidos al presente. En su esquema evolucionista no cabe la posibilidad de retroceso, se *fusionan* así elementos progresivos y conservadores. Progresista en tanto teórico del industrialismo y la sociedad tecnocrática pero admirador del orden social orgánico e integrado del medioevo. Más exactamente, el medioevo opera como un paraíso ideológico perdido, es decir la imagen de la sociedad medieval como “lugar” histórico de la sociedad orgánica y una interpretación de la Reforma y la Revolución Francesa, como disgregación progresiva de la sociedad.

Desde la perspectiva conservadora, los cambios sociales que siguen a la Revolución han socavado y destruido instituciones sociales fundamentales, provocando la pérdida de la estabilidad política. Los conservadores atribuyen estos resultados a ciertos acontecimientos de la historia europea que conducen al debilitamiento progresivo del orden medieval y a la Revolución. Señalan entre los factores principales al protestantismo, al capitalismo y a la ciencia. Dice De Maistre (1796): “No hay más que violencia en el universo; pero a nosotros nos ha echado a perder la filosofía moderna que ha dicho que *todo está bien*, al paso que el mal lo ha manchado todo, y que en su sentido muy verdadero, *todo está mal*, puesto que nada está en su lugar. Al haber bajado la nota tónica del sistema de nuestra creación, todas las demás han bajado proporcionalmente, de acuerdo con las reglas de la armonía. *Todos los seres gimen* y tienden, con esfuerzo y dolor, hacia otro orden de cosas” (p. 45).

El pensamiento sociológico del siglo XIX, comparativamente al siglo anterior constituye un cambio de interés, un desplazamiento del individuo al grupo, de la actitud crítica del iluminismo frente al orden existente a su mantenimiento y defensa, del cambio a la estabilidad

social. Si: "...con la coronación del mercado se corona un mundo conceptual que había dado a luz a otras palabras clave, inexistentes hasta entonces o bien redefinidas, como individuo, propiedad, contrato, sociedad, Estado. Todas ellas, núcleos de sentido de la modernidad" (Portantiero, 1987, p. 11). En el siglo XIX, por la trascendencia de la Revolución Industrial y de la revolución democrática, es la sociedad la que se *pone* como realidad objetiva y resistente a la voluntad del hombre, ya no se concibe como un artificio de la razón. Son, en tal sentido, los conservadores los primeros en advertirlo y los que ofrecen el bagaje de idea central de la sociología: "realismo social" sobre el nominalismo iluminista, superioridad ética y precedencia de la sociedad sobre el individuo abstracto, interrelación de las partes constitutivas de la sociedad, funcionalidad positiva de las costumbres e instituciones, fortalecimiento de los pequeños grupos –familia, grupo religioso, etc.- por considerarlos soportes básicos para la vida de los hombres, valor positivo de los aspectos no racionales de la existencia humana.

Aunque exista una tensión intelectual que impide caracterizar a Comte en forma absoluta como un pensador conservador, es innegable la simpatía epistemológica que siente por De Maistre y dice: "El espíritu humano tiende de modo constante a la unidad de método y doctrina. Es éste para él el estado regular y permanente: otro cualquiera no puede ser sino transitorio. Es imposible que empleemos habitualmente un método en la mayor parte de nuestras combinaciones y que no acabemos por renunciar a él en absoluto o por extenderlo a todas las demás" (Comte, 1822, pp. 205-206).

Y agrega: "Un filósofo del siglo XIX, que ha profundizado más que nadie la naturaleza del antiguo género humano, el señor De Maistre, ha comprendido la necesidad de esta alternativa de una manera muy convincente. Ha visto muy bien que el desarrollo de las ciencias





naturales tendía a destruir radicalmente el imperio de la teología y de la metafísica; ha entendido que, para ser de verdad consecuente en sus lamentaciones sobre la decadencia del antiguo sistema intelectual y social, debía remontarse con audacia hasta aquellos tiempos en que había unidad en el espíritu humano, por una subordinación uniforme de todas nuestras concepciones a la filosofía natural”; luego: “Sin duda, puesto que todas las ciencias positivas no se han podido formar simultáneamente, hubieron de existir períodos más o menos largos durante los cuales el espíritu humano empleaba a la vez tres métodos, cada uno para un orden determinado” (Comte, 1822, p. 206).

La tensión intelectual en el surgimiento de la sociología de Comte, se caracteriza por un fuerte contraste entre dos tradiciones intelectuales diferentes y contradictorias. Por un lado, el programa positivista de la reorganización total de la sociedad sobre base científica se apoya en los círculos liberales, mientras que el programa idealista, con las concepciones orgánicas de la sociedad y de la historia, son contrarios al cambio social planificado y se apoya en estratos conservadores. Dice Don Martindale (1960): “Al apoderarse del concepto organicista – idealista, socialmente conservador y subordinar al mismo método positivo. Augusto Comte (...) dio al socialismo una respuesta conservadora” (p. 72).

La observación anterior, lleva a reflexionar sobre la sociología dentro de la disputa de las tres grandes corrientes del siglo XIX, a saber, liberalismo, radicalismo y conservadurismo. Los fundamentos de estas tres vertientes son las siguientes.

Liberalismo: devoción por el individuo, fundamentalmente a lo que se refiere a los derechos políticos, civiles y progresivamente sociales. Liberación del pensamiento del clericalismo, la aceptación de la estructura fundamental del Estado y de la economía capitalistas, la convicción de que el progreso humano reside en la emancipación de la

mente y del espíritu de las ataduras religiosas y tradicionales unidas al viejo orden feudal, la naturaleza autosuficiente de la individualidad, la libertad individual sobre la autoridad social.

El elemento distintivo del radicalismo del siglo XIX es según Nisbet (1966): "...el sentido de las posibilidades de redención de ofrecer el poder político: su conquista, su purificación y su uso ilimitado (...), en pos de la rehabilitación del hombre y las instituciones, junto a la idea de poder, coexiste una fe sin límites en la razón para la creación de un nuevo orden social" (p. 24).

Mientras que el pensamiento conservador, defiende todo aquello que las revoluciones Francesa e Industrial atacan. Su *ethos* es la tradición, esencialmente la medieval. Rechazan todo lo que las revoluciones engendran: la democracia, la tecnología, la ciencia, el secularismo.

En términos políticos, la sociología en sus orígenes tiene una tensión, principalmente entre radicalismo y conservadurismo. No olvidar que los orígenes de la sociología se superponen a los del socialismo y en tal sentido puede hablarse de la relación que tiene la sociología con el pensamiento radical. Pero, la resolución de la crisis para Comte, si bien debe ser "radical" en el sentido de *total*, la fórmula es conservadora ante el desasosiego que experimenta ante la quiebra de lo antiguo y sus consecuencias, frente a la anarquía que envuelve a la sociedad.

Comte cree necesario reestablecer la comunidad, pero tal comunidad tiene un carácter –como se verá en punto siguiente – que no es asimilable a una respuesta conservadora. Es una respuesta de nuevo tipo frente al sistema industrial, aunque el conservadurismo –vía Bonald y De Maistre – opere como suministro ideológico.

Por otra parte, la sociología y el socialismo constituyen, como bien dice Portantiero (1987) "casi siempre campos en agria disputa" (p. 11),





pero se trata de una disputa con altibajos, pues siendo la sociología una ciencia del orden, nunca está ausente su preocupación por el cambio social; como tampoco falta del pensamiento socialista, la cuestión del orden y de la autoridad para el desenvolvimiento de la sociedad. Tiene ambas perspectivas, una visión compartida de la crisis aunque construyen respuestas diferentes.

Pero es indudable que la utopía sociocrática que construye Comte en su respuesta conservadora frente a la crisis de su tiempo, ya está formulada en lo esencial en la respuesta socialista de Saint-Simon. Es el cambio de perspectiva, el rescate del holismo y por lo tanto la reacción antiindividualista lo que une a los autores antiiluministas.

Por otra parte, puede considerarse a Comte como el *positivismo* de la época romántica. Dice Kolakowski (1966): “Muy a menudo se asocia el nombre de ‘positivismo’ con el nombre de un filósofo cuya doctrina abunda, sin embargo, en elementos considerados como divergentes, incluso contradictorios, con los estereotipos reconocidos, por otra parte del positivismo” (p. 64).

Es legítimo preguntarse si es válido ubicar a Comte dentro de la tradición positivista. Hay quienes dividen el pensamiento de Comte en dos etapas claramente distintas; la primera constituye el positivismo propiamente dicho, mientras que la segunda es una negación de la primera y se trata de una aberración producto de una enfermedad mental. Pero me inclino a pensar que la segunda fase, que se caracteriza principalmente por la “religión de la humanidad”, es una consecuencia natural de los postulados que plantea Comte ya en sus primeros escritos. Puede decirse entonces, que la filosofía de Comte es una síntesis de carácter historiosófica que por lo general los positivistas rechazan (Kolakowski, 1966, p. 65).

Junto a la idea de extender el método de las otras ciencias positivas al terreno del estudio de la sociedad, que ya figura en los postulados iusnaturalistas, se encuentra la idea de regeneración religiosa, un nuevo cristianismo, necesario para la cohesión social. En este sistema de pensamiento, tampoco hay cabida para la libertad individual, sino que la felicidad del hombre se logra en tanto y en cuanto se someta y subordine a una sociedad jerárquica y orgánicamente unida. La siguiente afirmación de Joseph De Maestre (1980), puede ser aceptada por Comte. Dice: “Dondequiera domina la razón individual, nada grande puede existir. Porque todo lo que hay de grande descansa sobre la creencia, y el choque de las opiniones particulares libradas a sí mismas no produce más que el escepticismo que todo lo destruye. Moral universal y particular, religión, leyes, costumbres veneradas, prejuicios útiles; nada subsiste, todo se funde ante él; es el agente de la disolución universal” (p. 83).

Hay coincidencia en los autores, en señalar la cuestión paradójica del surgimiento de la sociología. Nisbet incluso le otorga un valor positivo y separa los objetivos científicos que coinciden con los fundamentos de la modernidad, de los conceptos esenciales y las perspectivas que son de carácter conservador, desde el punto de vista filosófico y político.²

Hay entonces, una tensión entre organicismo y positivismo que puede observarse en las primeras formulaciones o supuestos de ambas líneas de pensamiento. El organicismo construye su modelo sobre una metafísica que da cuenta de la realidad, del universo todo, como si se tratase de un organismo vivo y por lo tanto que tiene las mismas propiedades. Hay un “principio vital” que mantiene las relaciones entre las partes como las que existen entre los órganos de un cuerpo vivo. Mientras que el positivismo, intenta reducir toda explicación de los fenómenos a los mismos fenómenos de manera

² -Ver Nisbet (1966), p. 33





rigurosa, apoyado en el procedimiento científico exacto y rechazando los supuestos o ideas que salgan de los límites de la técnica científica. El organicismo obliga a hacer supuestos sobre el carácter de los fenómenos que desde luego, exceden los límites de la ciencia y la técnica.

La sociedad moderna, orgánica e industrial: la superación de la anarquía

La sociología positivista constituye una interpretación de la sociedad industrial o más precisamente, una interpretación de la sociedad moderna *como* sociedad industrial; por lo tanto: la industria, el desarrollo del trabajo organizado en la fábrica, el empleo a gran escala de máquinas y el proceso tecnológico que eso implica, conforman un conjunto de elementos peculiares de una nueva estructura social, no reconocible en las formas precedentes de organización humana.

Por otra parte, el mismo término “industria” sufre, en el primer decenio del ochocientos, un proceso de especificación semántica que lo conduce a designar –con creciente claridad- no más al conjunto de la actividad productiva sino a una rama particular de ella, distinta de la agricultura y del comercio; mientras el término “industrial”, primero usado como adjetivo, se va sustantivando para indicar una clase social de perfiles cada vez más nítidos.

Si para Saint-Simon (1823), industria y producción son términos equivalentes y la sociedad industrial está compuesta de “la totalidad del trabajo productivo” (p. 42); si para el joven Comte –que en 1817 colabora con Saint-Simon en la redacción del tercer volumen de *L’industrie*- la sociedad industrial y la industria son términos que se entrecruzan (Comte, 1820, pp. 242-243) y la pertenencia a la industria se hace extensiva a la producción en general; en el curso de los años ‘

20, se abre el camino al reconocimiento del proceso de industrialización como estructura portante de un nuevo tipo de organización social y política, que no es posible hallar en el pasado.

La orientación de la sociedad en torno de la actividad productiva, en antítesis a la conquista, viene a precisarse bajo la forma de predominio del trabajo industrial respecto del trabajo agrícola (y a la distribución de lo producido), lo que representa no sólo un distanciamiento del privilegio fisiocrático.

Mas la sociología positivista no es tanto –y tal vez tampoco su aspecto principal- una interpretación de la sociedad industrial dada, sino también y sobre todo de la utopía; pues desde el punto de vista de Comte y Saint-Simon, la nueva estructura social está todavía por “completarse” o “perfeccionarse”, su realización se coloca no en el presente, sino en el futuro más o menos próximo. Cercano para Saint-Simon, pues cree que el cambio de estructura social se puede traducir simultáneamente al sistema político; más lejano por el contrario Comte, que cree indispensable una transformación moral bajo el advenimiento de una nueva autoridad espiritual, presupuesto básico de una nueva forma de gobierno.

No por casualidad, entonces, la sociología positivista no nace en el primer país de la Revolución Industrial, sino que surge en una nación cuyo proceso de industrialización viene “en retraso”: la Francia de la época de la Restauración. En base a esto, hay en efecto una estrecha unión –aunque no determinante- entre la construcción de una ciencia de la sociedad y el programa de su organización.

Para Saint-Simon y para Comte el período revolucionario es un período de desorganización de la sociedad, punto culminante de la disgregación social iniciada al fin de la edad Media. A este proceso, aún en curso, es necesario poner término exacto para completar y perfeccionar la sociedad industrial.





Se debe poner fin al proceso revolucionario, por ser anárquico y “negativo”. La Revolución Francesa es el producto de una mentalidad puramente crítica y por eso disolvente del antiguo orden social, pero incapaz de dar vida a un orden distinto. Por lo tanto, hay que llevar a cabo un programa de “reorganización” de la sociedad que debe en primer lugar, responder a las exigencias del nuevo sistema productivo, vale decir de la “industria”, enemiga *per se* de la guerra y de la anarquía como enseña el *futurismo pacífico* del socialismo utópico de Saint-Simon.

La instauración del orden industrial es entonces la tarea histórica, política, epistemológica que se impone al nuevo siglo, luego de la dolorosa experiencia revolucionaria; es decir, contribuir a la formación de una mentalidad correspondiente a la competencia de la filosofía positiva y sobre todo, de aquella ciencia política que tiene por objeto la vida en sociedad y que asume en el *Cours* el nombre de sociología.

Mas, ¿en qué términos y sobre qué base la sociedad industrial debe ser interpretada? La definición en términos de “industria” o de “sociedad industrial” a la que se recurre para individualizar las características distintivas de la nueva estructura social, no constituyen en principio ni un modelo interpretativo acabado, ni tampoco una plataforma de un programa político-social. Por lo tanto, este modelo – en gran medida común a Saint-Simon y Comte (1839) pero con diferencias- es presentado con la noción de *sociedad orgánica*, es decir de una organización social en la que las partes de la sociedad son recíprocamente solidarias y en la que subsiste una “armonía espontánea (...) entre el todo y las partes del sistema social” (pp. 242-243). Si se caracteriza de manera más precisa, este modelo aparece fundado sobre la subordinación de las partes del “cuerpo social” al todo de la sociedad y sobre la consiguiente “solidaridad” entre las partes que debe asegurar la solución de cualquier conflicto o “antagonismo” entre ellas.

Por otra parte, las condiciones que garantizan el funcionamiento de la sociedad así entendida –y de allí también el orden social- son: por un lado, un sistema de creencias compartido por todos los miembros de la sociedad, es decir, una doctrina que es funcional a las exigencias de conservación (y eventualmente también de progreso) del conjunto; mientras que la segunda condición, es la existencia de una “unidad moral” que sienta las bases del sistema social.

Tales condiciones se configuran diversamente en el pensamiento de Saint-Simon y en el de Comte. Para Saint-Simon, la unidad del “cuerpo social” puede ser realizada a través de una alianza de poderes emergentes de la crisis del antiguo sistema y entre las clases que son portadoras respectivamente del poder temporal y del poder espiritual: de una parte la clase de los “industriales” (ahora entendida en sentido lato, es decir como el conjunto de las clases productivas en antítesis a los grupos que no producen riqueza, nobleza y clero) y del otro, la clase de los científicos positivos. Se trata aquí de una alianza política, realizada a corto plazo y destinada a asegurar la instauración completa de la sociedad industrial y a garantizar el logro de sus objetivos.

Su discípulo –más sofisticado- en cambio, piensa que la armonía del “cuerpo social” tiene un doble fundamento, *intelectual* y *moral*; su modelo de sociedad orgánica no pudo ser llevado a cabo inmediatamente sobre una base política, sino que presupone la consolidación de un sistema de creencias y la afirmación de una nueva autoridad moral. En este sistema de creencias debe encontrarse situada, en la cúspide del edificio del saber positivo, la ciencia de la sociedad, sin la cual no es concebible una dirección de la vida social, y entonces, tampoco una *ética* capaz de constituir la base de un sistema político diferente.

El programa de reorganización de la sociedad se traduce entonces –en principio- no en un proyecto político, sino en el proyecto





de una organización jerárquica de la ciencia que comprende también la “física social” y que a través del estudio científico de la sociedad, ofrece la base para su dirección moral y política. De allí deriva la prioridad de la construcción intelectual respecto a otras construcciones prácticas, afirmación que marca la diferencia –principal, puede decirse- entre Comte y Saint-Simon.

Aunque la utopía es el aspecto más sobresaliente, es un error pensar que la sociología positivista coloca sólo en el futuro la realización de una sociedad orgánica, pues la sociedad industrial no representa la única forma posible (y tampoco la única forma histórica) del modelo orgánico de sociedad. Aquella es más bien una forma –la única adecuada para las condiciones actuales del proceso de industrialización- de sociedad orgánica, aunque en el sentido más definido.

También en el pasado es posible hallar alguna forma de sociedad orgánica, fundada sobre un sistema de creencias capaz de asegurar la unidad moral de la sociedad. Esta otra forma está constituida por una organización social, apoyada sobre una base teológica al mismo tiempo que militar, cuya cohesión se logra en la unidad del sistema de creencias religiosas (poder espiritual) y en la orientación prevaleciente de la vida social, cuyo carácter externo consiste en la primacía de las clases militares (poder temporal) respecto de las otras.

La “reorganización” de la sociedad, demanda primeramente un proceso de “desorganización” de otra estructura social que responde al modelo de sociedad orgánica pero entrada en crisis por la inadecuación intrínseca de su sistema de creencias y por el resquebrajamiento de la unidad moral que lo garantiza. Tal proceso de *crisis de hegemonía* y por ende de desintegración social, culmina en la Revolución Francesa.

La sociedad orgánica, llevada a cabo en el pasado y destinada a ser realizada en el futuro, tiene así un doble “lugar” histórico que corresponde a las dos formas posibles en las que ella puede realizarse.

Existe, por lo tanto, otra forma de sociedad orgánica, preexistente respecto de la sociedad industrial, que se ha realizado en el curso del medioevo, hecha sobre la base de la religión cristiana. Por lo tanto, la sociedad medieval, es –además de la futura sociedad industrial- la otra forma histórica de sociedad orgánica.

Entre los dos sistemas sociales existe entonces un doble paralelismo, bajo el perfil del poder espiritual y del poder temporal. La unidad del “cuerpo social” -en la organicidad de la sociedad positiva- está asegurada por un lado por un sistema de creencias positivas, pues al fundamento religioso de la sociedad medieval le corresponde el fundamento “científico” de la sociedad industrial y al dominio del clero, la hegemonía intelectual de los científicos positivos. Análogamente, por el lado temporal, el fin de la conquista está substituido por el de la producción; al dominio de la clase militar, la emergencia de la clase de los industriales; a la organización feudal una diferente organización – ahora en vías de completarse o de perfeccionarse- que asigna la dirección política de la sociedad a las clases productivas. Estas dos formas de sociedad orgánica son por lo tanto, las únicas formas posibles, porque el sistema social puede estar orientado –salvo en épocas de disgregación- exclusivamente con vistas a la conquista o hacia la producción.

En 1822, Comte ofrece la primera exposición sistemática de su pensamiento político y dice: “...no hay más que dos fines de actividad posible para una sociedad, por numerosa que sea, que para un individuo aislado. Son la acción violenta sobre el resto de la especie humana o la conquista y la acción sobre la naturaleza para modificarla a favor del hombre, o la producción. Toda sociedad que no esté





claramente organizada para uno de estos fines no será sino una asociación híbrida y sin carácter. El fin industrial es el del nuevo sistema, el fin militar el del antiguo”. Por lo tanto: “El primer paso a dar en la organización social era, pues, la proclamación de este fin nuevo” (p.91).

Corresponde por último decir de dónde la sociología positivista deriva este modelo político de sociedad orgánica, sin excluir la hipótesis de que sea deducida de la ciencia biológica del principio de 1800 (Canguilhem, 1966, pp. 25-39). Pero teniendo presente que cuando en el *Cours*, Comte alcanza a delinear la organización jerárquica de la ciencia, culminando con la “física social”, la unidad del método del saber positivo –orientado en torno a una explicación en términos de leyes generales- no se traduce a una derivación directa de la sociología de las ciencias precedentes. A la vez que la jerarquía de la ciencia, es una correlación (lógica e histórica) de sucesión no excluyente de la autonomía de las precedentes.

A su vez, el tratamiento de la “física social” de la lección XLVI del *Cours*, se mueve no ya desde el análisis de la relación con la fisiología, sino que introduce las nociones de orden y progreso, definidos sobre su base política y crítica, a la “política teológica” y a la “política metafísica”, es decir a la escuela reaccionaria y a la escuela crítica.

De los textos de Saint-Simon y Comte sobre todo, se extrae como conclusión al respecto que el origen del modelo de sociedad orgánica utilizado al interpretar la sociedad moderna debe ser buscado en la literatura contrarrevolucionaria, particularmente Bonald y De Maistre.

Conclusión

El surgimiento de la sociología positivista se enmarca en las reacciones antiindividualistas del siglo XIX. Presenta Comte así su

sociología como una propuesta de reordenamiento total de la sociedad sobre la base de un tejido conceptual que se arma a la luz de un acontecimiento significativo de la historia intelectual del siglo XIX: el redescubrimiento del universo ideológico del mundo medieval: sus instituciones, ideología y estructura, que constituyen el punto de contacto entre la sociología y el pensamiento conservador.

La salida de la crisis de su tiempo la concibe no en la crítica del capitalismo como tal, ni piensa en su abolición, pues intenta fundar el mismo modo de producción, una moralidad industrial sobre la base de la filosofía positivista, solución integral que en el orden espiritual, proporciona un sistema de creencias para la constitución unificadora del pensamiento colectivo y en el orden social, proporciona un conjunto de reglas coordinadas y fundadas sobre las creencias del orden anterior; define la organización política presentando una base que debe ser aceptada por todos los hombres por el hecho de responder a sus aspiraciones intelectuales y morales. Este triple destino –espiritual, social y político- permite comprender la unidad de desarrollo de la filosofía positivista y de la sociología de Augusto Comte.



Bibliografía

Aron, R. (1981). "Augusto Comte"; "Augusto Comte y la Revolución de 1848", en Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico I. Montesquieu – Comte – Marx – Tocqueville*. Madrid: Ediciones Siglo Veinte.

Canguilhem (1966). "Augusto Comte y el Principio de Broussais", en Canguilhem, *Lo normal y lo patológico*, México,: Siglo XXI, 1978.

Comte, A. (1820). "Apreciación sumaria del conjunto del pasado moderno", en Comte, A. *Primeros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.

_____ (1822). "Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la Sociedad", en Comte, A., *Primeros ensayos, op. Cit.*

_____ (1839). *Cours de philosophie positive vol. IV*, Paris, Littré (ed.), Libraire J. Bailliere, 1877.

De Maistre, J. (1796). *Consideraciones sobre Francia. Fragmentos sobre Francia. Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas*. Buenos Aires: Dictio (1980).

Kolakovski, L. (1966). *La filosofía positivista. Ciencia y filosofía*. Madrid : Cátedra 1981.

Portantiero, J . C. (1987). *Estado y sociedad en el pensamiento clásico. Antología conceptual para el análisis comparado*. Buenos Aires: Cántaro 1987.

Saint-Simon, C. (1823). *Catecismo político de los industriales*. Buenos Aires: Aguilar (1960).